

Adán envuelto en un sudario, reanimándose al parecer al contacto de la divina sangre. ¿Qué significa esta alegoría? Una leyenda pretende que el mismo lugar en que fue plantada la cruz sobre el Gólgota, es también el sitio del sepulcro de Adán, y la idea deducida del hecho de que la sangre divina venga á rescatar al hombre que cometió el primer pecado, es sin duda bella; pero la alegoría no se detiene aquí y apoyándose en el texto de otra leyenda que dice

que la cruz de Cristo fue cortada de un árbol nacido en el mismo sepulcro de Adán, quiere que la falta del primer hombre esté figurada por ese mismo leño en que muere el Salvador. No es fácil distinguir en este doble símbolo la causa del efecto; pero si se comprende, sin embargo, en esta correlación un pensamiento sublime, no está por cierto al alcance de la gente sencilla. La muerte del Hombre-Dios es en nuestra iconografía más sencilla, más humana, por



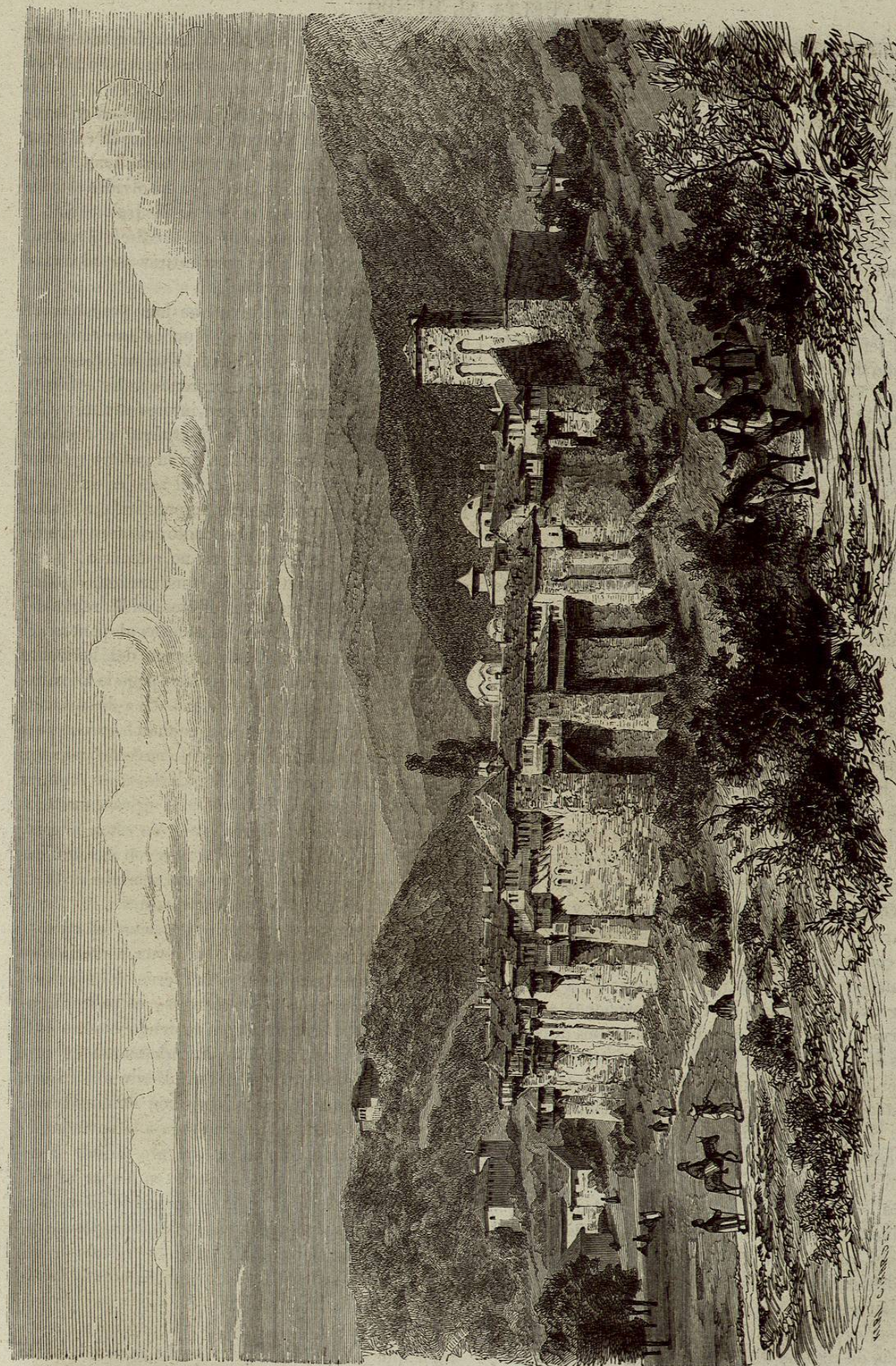
Higueno de Iveron.

decirlo así: mientras que entre los griegos la naturaleza está tranquila y sonriente el día de la crucifixión, entre nosotros, al contrario, los elementos se conmueven, el dolor se revela en todos los semblantes, sentimiento prosaico que interpreta mal, á mi parecer, el hecho de la redención, pero que es más comprensible para el vulgo.

Durante el minucioso exámen que hacíamos de estas pinturas, el *higueno* no cesaba de llamar nuestra atención sobre unos cuadros que acababa de recibir de Rusia. Nada es comparable al mal gusto de esta especie de muñequería que tan desagradable-

mente impresiona. Las cabezas y las manos solamente están pintadas y resaltan sobre un montón de ropas de relieve sobrecargadas de perlas y láminas de metal. Los monges son muy aficionados á estos mamarrachos y San Petersburgo inunda de ellos los conventos.

No se echó en olvido tampoco hacernos ver dos imágenes de la Virgen muy veneradas en la Montaña. La primera está encima de la puerta de entrada, á una altura considerable y poco visible por causa de la espesa rejilla que la cubre. Un viejo *caloyer*, sentado bajo el porche, nos contó su historia con esa



Monasterio de Iveron.

volubilidad de *cicerone* que no se cuida de puntos ni comas. Hé aquí el resumen de su explicación. Teófilo, patriarca de Alejandría, el enemigo de San Juan Crisóstomo, habiendo hecho quemar algunos monasterios, á consecuencia de sus disensiones con el monje Isidoro, mandó destruir las imágenes. Una de éstas, arrojada al mar, salió milagrosamente delante de Iveron y fue recogida por un *caloyer*, llamado Gabriel. Esta es, pues, la imagen de la Virgen. La segunda está colocada en el fondo de una pequeña iglesia dedicada á los apóstoles. Hacia el año 650, unos piratas atacaron el monasterio y penetraron en él. El jefe de ellos, etiópico de origen, avanzó hasta el fondo de la capilla y con su cuchillo hirió el rostro de la Virgen, de cuya herida salió sangre. Impresionado el pirata por el milagro, se hizo monje con sus compañeros y terminó su vida en el convento, dando ejemplo de gran piedad. Poca indulgencia ha merecido el gran pirata, después de su arrepentimiento, pues además de haberlo pintado en las paredes de un modo nada favorable á su físico, se ha tenido el capricho de representarlo bajo la forma de un gran reloj de madera. La presencia de semejante espantajo, se explica mal en un país donde no hay muchachos.

En medio de este mundo de imágenes que en gran parte queríamos reproducir, los días nos parecían cortos, á pesar de la buena voluntad del sol que se entretiene en aquel cielo sin nubes. Así que rara vez salimos del convento y aun aprovechábamos parte de las noches para hacer pesquisas en las ilustraciones de los manuscritos. Vulgaris, por su parte, imaginaba refinamientos desconocidos para ofrecernos el mismo pescado, el eterno *barbuni*, especie de salmonete, bajo aspectos diferentes. A los que viajen por Oriente recomendamos á Vulgaris y el mirlo solitario (*turdus musicus*) que tan delicadamente adereza con menta picada.

Mucho se ha cantado la vida monacal, se han hecho grandes alabanzas de esas asociaciones que con su firme creencia han dejado monumentos imperecederos de su genio. La fe del tiempo presente parece tender hácia otro fin y los monges de hoy están como aplastados bajo esas colosales construcciones del pasado. Si no es á las horas de rezo, poco están en el convento, saliendo fuera á respirar un aire mas puro que el de sus celdas.

Los hermanos legos se dedican á los trabajos de la jardinería, construyen embarcaciones, pescan ó hilan lana para la confección de sus vestidos. Para estos diferentes trabajos, dejan sus pesados hábitos, quedándose en calzones, traje que completado con un sombrero de paja de anchas alas, les da la apariencia de cosacos disfrazados de labriegos. Muchos son vigilados por legos, porque la inviolabilidad de

la montaña hace que, al lado de los refugiados políticos, se deslicen con frecuencia asesinos, ladrones ú otra gente belicosa.

En los conventos griegos, la hospitalidad es completamente gratuita y latamente practicada en favor del primero que llama á la puerta musulmán, judío ó cristiano. Sin embargo, no hay que olvidar que los griegos son maestros en el arte de la diplomacia, y era preciso muchas veces dar un *bakchich* por aquí, hacer un retrato por allá, para retirar de tal ó cual rincón, tal ó cual cosa preciosa.

Entre los pocos extranjeros que han permanecido aquí, nos decía el *higumeno*, muchos han caído enfermos á pesar de la salubridad del clima. Esto nada tiene, en efecto, que deba sorprender. Es evidente que quien no lleve allí ningún interés artístico, ha de ser muy luego acometido de *espleen*: el régimen monacal es malo, los aposentos de la galería exterior intolerables de día por el calor, el aseo es dudoso y los senderos de la montaña casi impracticables. Fuera de la graciosa acogida y el encanto bastante raro de la conversación de los monges, no quedaria, pues, otra cosa que el espectáculo de la naturaleza, espléndida en sus mas gigantescos efectos, si la regla del convento no hiciera cerrar las puertas al ponerse el sol y no redujere á la contemplación del horizonte inmenso desde lo alto de un balcón pegado á los techos como un nido de golondrinas. Una de nuestras distracciones durante la noche, cuando las *simandras* despertaban los dormidos ecos del convento, era ver aparecer sucesivamente en las galerías á los monges apenas despiertos, y dirigirse á la iglesia armados de lamparillas de vacilante luz. Con estos actores, quebrantados por la edad y vestidos con sus túnicas largas como sudarios, esto nos representaba el juicio final, figurado en los viejos almanaques.

Un día tuvimos el capricho de visitar el monasterio de Stavronikitas (σταυρος, νικη, cruz, victoria) dos kilómetros poco mas ó menos de Iveron. El *higumeno* nos dió una barca con dos monges, el padre Nyp-hon y el padre Pacome, que teniendo buenos brazos en breves instantes nos desembarcaron en una playa florida de mirtos y rosales. Desde allí fuimos á pie al monasterio. La construcción dominada por un castillejo cuadrado, y levantada á la entrada por dos altas atalayas, ofrece un aparato militar completo. Nos habian celebrado mucho en *Karies* las pinturas de Stavronikitas, pero el momento de nuestra visita estuvo mal elegido: casi todas las iglesias estaban cerradas. Se estaba reparando el interior del patio y caían pedruscos con acompañamiento continuo de la sierra y el martillo. Lo que vimos de mas sorprendente fue un monje durmiendo en medio de este ruido. Después de haber hecho aceleradamente algunos diseños, uno de ellos en el *Catholicon* sobre

una bella imagen de San Nicolás (1), volvimos á nuestra barca. «¿Habeis visto, nos dijo el padre Pacome, la milagrosa imagen?» No la habíamos visto, pero no lo sentíamos, estando ya acostumbrados á esas exhibiciones que se repiten en todos los conventos y no ofrecen por lo regular nada notable bajo el punto de vista artístico.

Por lo demás los milagros son muy frecuentes en la Iglesia de Oriente y por este medio los sacerdotes mantienen la superstición: de ello tuvimos una prueba el día siguiente en Iveron. Hay á la puerta de los conventos pequeñas capillas funerarias, llamadas *kimisis*, en que se depositan los restos mortales de los monges. Estaba yo sentado con Schraz en una de aquellas cuevas, abandonada mucho tiempo hacia y llena de osamentas, y estábamos absorbidos en estudios frenológicos, cuando entró Ianni, nuestro cabas alban.

—Hé ahí un cráneo de *vrucolacas* (2) (poseso), nos dijo, designando el que yo tenia en la mano: tiene los dientes negros.

—Eso prueba á lo mas, replicó Schraz, que los tenia malos.

—¿No habeis visto nunca *vrucolacas*, effendi?

—No.

—Yo he visto uno. Habia en *Kavala* un hombre que hacia mal de ojo y lo habia hecho toda su vida á los demás hombres. Cuando atravesaba el campo del vecino, la siembra se secaba y cuando miraba á una mujer, la volvía estéril. Un día se le encontró muerto cerca del *tsarchi*, y estaba negro como los que mueren de la peste. «Hé aquí un hombre malo, dijo el *pappas*.» Durante un año entero Makalakis no cesó de vagar alrededor de las casas vecinas. Fueron á buscar al *pappas* y desenterraron á Makalakis: su cuerpo estaba aun negro y sus carnes frescas como si hubiera muerto la víspera. «Vamos á buscar al obispo,» dijo el *pappas*; y cuando vino el obispo, que era un santo varón, las carnes se descompusieron, pero los huesos permanecieron negros. Esto, effendi, no es natural y el cráneo que teneis en la mano es de un *vrucolacas*.

Cuando por la noche hablamos de esto al *logotheta*: «Es muy cierto, nos contestó seriamente.» No quisimos insistir. Por lo demás, era un hombre muy amable, si no hubiera sido por cierta descon-

(1) San Nicolás está en gran veneración entre los griegos. Cuando los emperadores bizantinos salían á campaña, se hacían preceder de un estandarte en cuyo alto extremo iba engarzado un dedo del Santo.

(2) Thevenot, hablando de los monges del convento de Niamunia en Chios, dice que cuando mueren son conducidos con todos sus hábitos á una iglesia de San Lucas, que está fuera del convento, y puestos sobre una reja de hierro. Cuando algún cadáver permanece incorrupto, es signo de que estaba escomulgado, al decir de los otros monges.

fianza que le impedía muchas veces suministrarlos los datos que necesitábamos de su ciencia. Con él, sin embargo, pasábamos una buena parte de las noches en el *Catholicon*. La facilidad con que Schraz habla cinco ó seis lenguas nos habia empeñado en ciertas investigaciones; pero hubiera sido un trabajo de gigantes, y el polvo que cubria aquellas pilas de libros no tardó en hacer intolerable la permanencia en aquella estrecha pieza. He dicho que las investigaciones fueron hasta entonces poco útiles. Juan Belon (1), uno de los pocos viajeros que han escrito sobre el Athos, dice que los prelados de la Iglesia Griega, enemigos de la filosofía, excomulgaron á todos los sacerdotes y religiosos que tuvieran libros ó los escribieran ó leyeran á no ser de teología; y así muchos libros se han perdido. «¿Quereis saber positivamente, dice Mr. Deschaul, en su libro sobre Safo, cómo se perdieron tantas obras de inestimable precio? Oid á un testigo irrecusable en esta cuestión, un papa. Halcionio, sabio del siglo XVI, hace hablar así á Juan de Médicis, que mas tarde fue Leon X. «Oí decir en mi infancia á Demetrio Chalcondile, hombre muy erudito en las letras griegas que algunos sacerdotes cristianos habian tenido mucho valimiento cerca de los emperadores de Bizancio por obtener de ellos el favor de quemar un gran número de obras de los antiguos padres griegos; obras que fueron reemplazadas (añade maliciosamente á mi parecer) con los poemas de nuestro Gregorio Nacianceno, que, si inspiran sentimientos religiosos, no pueden pretender una elegancia tan ática. Si aquellos sacerdotes fueron vergonzosamente impíos para con los poetas griegos, dieron en verdad un gran testimonio de piedad católica.»

Es probable, sin embargo, que investigaciones minuciosas, hábilmente dirigidas, obtendrían preciosos descubrimientos.

Los mulos.—Philotheos.—Los monges de la guerra de la independencia.—Karacallos.—Union de las dos Iglesias.—Penitencias y faltas.

El 2 de junio nos despedimos del *higumeno* para ir á Philotheos á lomo de mulo. Este modo de locomoción es el único entre los monges. Los arreos de estos animales no pueden ser mas sencillos: una albarda, una cubierta de lana, estribos y brida de cuerda y una ó muchas campanillas, segun el grado de afecto que los monges tienen al animal. Después de cierto tiempo de estudio, se llega á estar medianamente sobre esta silla, cuando el camino sube, pero cuando baja, se está inevitablemente mal. El camino

(1) Belon, naturalista del siglo XVI en su libro de las *Singularidades* ha consagrado algunas páginas á la descripción del Monte Athos y de sus cosas memorables. (V. Belon, *Singularidades*, imp. en París, 1555.)